

rificarnos de nuestros pecados, y para satisfacer á la divina justicia por aquellas pobres almas. Algunas personas virtuosas juzgaron tan meritoria esta devocion, que renunciaron con obligacion, en forma de voto, toda la satisfaccion de cuantas buenas obras hiciesen en su vida á beneficio de las almas del purgatorio. Ni faltaron otras que estendieron los limites de su caridad mas allá de los limites de su vida, adelantándose á hacer la misma renuncia en cuanto las fuese posible, de todas las oraciones y de todos los sufragios que por cualquiera título las pudiesen pertenecer despues de muertas: acto de caridad reputado por uno de los mas heróicos. Nada se pierde en los excesos de caridad á ejemplo de S. Pablo. Entre los medios de aliviar á las benditas ánimas, son muy escelentes las indulgencias, las misas y las comuniones que se aplican por ellas.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

EL GLORIOSO TRÁNSITO DE SAN QUARTO, discípulo de los Apóstoles. (Pocas noticias han quedado de este Santo, pues se ignora si padeció martirio, como algunos suponen, y el lugar donde acabó sus dias. El apóstol S. Pablo en su epistola á los Romanos, cap. 16, dice estas palabras: «Salúdoos..., Quarto, hermano»)

LOS SANTOS MÁRTIRES GERMANO, TEOFILO, CESARIO Y VITAL, en Cesarea de Capadocia; los cuales en la persecucion de Decio padecieron valerosamente el martirio.

LOS INNUMERABLES SANTOS MÁRTIRES, en Zaragoza de España, que con admirable constancia dieron la vida por Jesucristo en tiempo de Daciano, presidente de España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES VALENTIN, presbítero, é HILARIO, diácono, en Viterbo; los cuales en la persecucion de Maximiano fueron precipitados en el Tiber con una gran piedra atada al cuello; pero habiéndolos sacado milagrosamente un ángel, fueron despues degollados, recibiendo la corona del martirio.

SANTA WENEFRIDA, virgen y mártir, en Inglaterra. (Sus padres eran de la primera nobleza del país y mas distinguidos aun por su edad. Dirigió su educacion un santo presbítero y monge llamado Beuno, que se dice haber sido su tío materno, quien la enseñó la vida de perfeccion que comenzó consagrandolo á Dios su virginidad, y tomando despues el velo de religiosa. Vivió primero en un pequeño monasterio que habia hecho edificar su padre en Holy-Well, ó Pozo Santo, y despues se trasladó al de Guterin, del cual fué luego abadesa. Caradoc ó Cradoc; hijo de Alano, principe de aquel país, concibió por ella una pasion tan brutal, que no pudiendo satisfacerla, la persiguió un dia





LOS INNUMERABLES
MARTIRES DE ZARAGOZA.

enfurecido, y la cortó la cabeza, yendo ella huyendo de él á tomar asilo en la iglesia de Holy-Well, siendo así Winefrida mártir de su pureza y virtud. Algunos escritores añaden, que á Caradoc se le tragó la tierra en el sitio mismo en donde cayó la cabeza de la Santa, en el cual nació inmediatamente una fuente, que es el admirable pozo que ahora se ve allí, con los gujarros ó piedras que en el fondo se descubren pintadas de betas rojas, y ciertas tobas, ó yerbas dentro del agua que despiden un olor fragante; y que esta santa mártir fué restituida á la vida por las oraciones de S. Beuno, llevando siempre despues la señal de su martirio en un círculo encarnado que le quedó al rededor del cuello. *Butler.*)

SAN MALAQUÍAS, obispo de Cenereth en Hibernia, en el monasterio de Claraval, quien floreció en muchas virtudes: escribió su vida san Bernardo abad. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN HUBERTO, obispo de Tongres, en el mismo día.

SAN DOMNO, obispo y confesor, en Viena. (El autor de la vida de este Santo dice que sobresalió principalmente en él la humildad, el amor á los pobres y su celo en redimir cautivos. Parece que murió por los años de 527.)

SAN PIRMINO, obispo de Meaux, item.

SAN ERMENGANDO (ó ERMENGOL), obispo, en Urgel en España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA SILVIA, madre de S. Gregorio, papa, en Roma. (Nació en Mesina de Sicilia, de la nobilísima familia Octavia. Fué modelo de virgenes, de esposas y de madres; y Dios le concedió la dicha de dar á la Iglesia el gran papa S. Gregorio, el cual confiesa haber mamado con la leche de su buena madre los mas raros ejemplos de santidad. Vivió algunos años en Roma, junto á la iglesia de S. Sabas, con pobreza y abstinencia, dedicada enteramente á las prácticas de la caridad y á los fervores de la oracion. Cierta dia se apareció un ángel á S. Gregorio, y le habló de su madre dándole el título de bienaventurada. Murió en Roma el año de 602.)

LOS INNUMERABLES MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

ENNOBLECIDA la ciudad de Zaragoza con todos los timbres que podía tener en lo civil, como ciudad que habia sabido atraerse las atenciones del mayor de los emperadores, quiso la divina Providencia que tuviese otros timbres de superior clase, concediendo á sus ciudadanos tanta gracia que no tuviesen dificultad en verter su sangre por Jesucristo. La misma Reina de los Angeles, que segun el leccionario antiquísimo de aquella catedral, se dignó elegirla para su domicilio cuando todavía vivia en este mundo, parece que alcanzó de su Hijo, que en aquella ciudad predilecta la compitiese particularmente el glorioso título de Reina de los mártires. A estos pensamientos da lugar el número prodigioso de

cristianos que tuvieron valor para sostener las verdades del Evangelio en presencia de los tiranos, y principalmente los mártires llamados Innumerables que celebramos este día, y cuyo martirio, segun consta de unas actas del siglo VII, es en la forma siguiente.

Dominaban en el imperio romano Diocleciano y Maximiano, tan unidos en la crueldad de sus leyes y en la impiedad de sus edictos, como en la dominacion del imperio. Persuadidos á que la religion cristiana, que iba haciendo rápidos progresos, podria perjudicar á sus intereses y derribarles del trono, determinaron deshacerse de una vez de semejantes rezelos, dando un golpe que acabase enteramente con los cristianos, y produjese en su pecho la tranquilidad. Espidieron, pues, un decreto, por el cual abolian todas sus iglesias, les prohibian las juntas privadas en cualquiera pueblo sujeto al imperio, imponiendo pena de destierro á los contraventores, y llevando su crueldad impia hasta el extremo de que cualquiera pudiese ser demandante contra un cristiano, y quitarle la vida por sí mismo si persistia en su religion. Para este efecto espidieron ministros por todas las regiones y provincias, dándoles la instruccion de que primeramente llamasen á los cristianos á su tribunal, y probasen con blanduras, halagos y promesas atraerlos á dar incienso á los dioses, dándoles á conocer que en esto obedecerian á los empefadores, y se harian acreedores á sus beneficencias; pero si por el contrario eran pertinaces en permanecer en su religion, contravinendo á los decretos de los emperadores, experimentarían el último suplicio por medio de los mas esquisitos tormentos. Salieron por todas partes los crueles ministros acompañados de una turba de satélites conformes en todo á sus intenciones, y los mas oportunos para la ejecucion de los inicuos decretos. Señalóse entre todos Daciano, hombre perverso, de entrañas duras, y de costumbres corrompidas, el cual, habiendo conseguido de los emperadores que le destinasen con esta comision á España, entró en ella como pudiera un sangriento lobo entrar en una manada de inocentes corderos. En cuantas ciudades estuvo, en todas dejó auténticas señales de su ferocidad sacrilega, dejando bañadas en sangre de cristianos las calles y las plazas; pero al mismo tiempo viendo con confusion suya que se arraigaba mas y mas el nombre de Jesucristo, y se multiplicaban sus adoradores.

Llegó finalmente á Zaragoza con el mismo espíritu diabólico que hasta allí le habia agitado, y con la esperanza de que, es-terminados los cristianos de aquella ciudad, que era mirada por todas sus circunstancias como el centro del cristianismo, le seria

fácil conseguir otro tanto en toda la península. Con esta persuasion derramó la sangre de S. Vicente, quien no solamente ilustró aquella ciudad con su martirio (*véase su historia en las del día 22 de enero*), en que se compitieron la astucia y barbaridad de Daciano en inventar tormentos, y la fortaleza de Vicente en superarlos, sino tambien á la ciudad de Valencia, que fué glorioso teatro de su triunfo. A este martirio añadió el de diez y ocho ilustres varones, llamados Quintiliano, Matutino, Urbano, Fausto, Felix, Primitivo, Ceciliano, Fronton, Apodemio, Casiano, Públio, Marcial, Suceso, Januario ó Genaro, Evencio ó Euboto, Optato, Lupercio ó Luperco y Julio ó Julia. (*Véase la noticia de su martirio en las del día 16 de abril.*) Pareciéndole poco haber ensangrentado las manos en los robustos varones, estendió su crueldad á las delicadas doncellas, martirizando á la sagrada virgen Engracia (*véase su historia en las del mismo día 16 de abril*); quien con un valor superior á su sexo sufrió que la rompiesen todo su cuerpo con tal inhumanidad, que la cortaron enteramente un pecho, y en los garfios de hierro salió una parte del hígado, la cual guardaron los cristianos por mucho tiempo, y Prudencio asegura haberla visto él mismo.

Todas estas victorias que conseguian los cristianos del inicuo juez, consternaban á éste, y casi le reducian á la desesperacion viendo frustradas sus esperanzas. Por una parte veia que los emperadores no podian quedar servidos, segun lo magnifico de sus promesas, y por otra advertia en los cristianos tal firmeza en su religion, tan fundada solidez en sus principios, y constancia tan invicta para sufrir los mas horrorosos tormentos, que por todas partes le parecia imposible salir con lucimiento en su bárbara comision. Por tanto, viendo que los medios comunes y usados producian débiles efectos, apeló á la astucia y al artificio; y á la mucha que tenia Daciano, juntó toda la suya el espíritu infernal que le animaba. Resuelto á poner por obra un diabólico proyecto que habia meditado, y en que estribaba el último recurso de su ferocidad, llamó á todos sus soldados y ministros, y cuando los tuvo presentes, les habló de esta manera: « Por mas que hemos hecho, ó valerosos soldados de nuestros invictos emperadores, para vencer, destruir y arrancar la supersticion de los cristianos, y borrar, si fuese posible, de todo nuestro imperio tan infame nombre, vemos con dolor que nuestras diligencias, nuestros tormentos, y aun la misma muerte léjos de intimidarlos y hacerlos mudar de parecer, no sirven de otra cosa que de confirmarlos en su supersticion, y de hacer mas visibles nuestra debilidad y su fortaleza. La sangre que derraman parece que

tiene hechizos para multiplicar el número de cristianos y aumentar su constancia. No solamente los varones robustos, sino las tiernas y delicadas doncellas miran con ojos serenos dilacerar sus carnes, y cortar sus cuellos con la espada. Debemos ya estar persuadidos á que son débiles con esta casta de gentes todos los esfuerzos ordinarios. Yo he pensado un medio, por el cual podremos conseguir el universal esterminio de estos enemigos de nuestros dioses, y el completo servicio de nuestros príncipes; pero en este negocio, como en todos los de grande importancia, es el agente principal el secreto, que confio guardareis como devotos de los dioses y como romanos. Vosotros mismos conoceis que en esta ciudad se contiene una multitud innumerable de cristianos, á la cual sería imposible vencer acometiéndolos uno á uno, porque fortalecida su alma con no sé qué lisonjeras ideas de otra vida, desprecian los tormentos, y nos desprecian á nosotros. El honor de nuestros dioses, lo sagrado de sus templos, y lo religioso de sus ceremonias, es para ellos burla y escarnio, y no podemos negar, que el verles perder la vida con tanta serenidad y alegría, nos estremece á nosotros mismos, y nos hace concebir una fuerza superior en sus opiniones. Por tanto, he pensado que todos mueran de una vez, y para que ninguno quede oculto, saldrán pregoneros por la ciudad publicando una sentencia capciosa, que teniendo parte de castigo y parte de condescendencia, llegue finalmente á ser creida. Publicarás, pues, que á todos los cristianos libres ó esclavos, de cualquiera condicion, sexo ó edad que sean, se concede amplia licencia para que salgan de esta ciudad, y restablezcan su domicilio en donde fuere su voluntad; con condicion, de que en este recinto no haya de quedar ninguno que adore á Jesucristo. Este decreto será recibido por ellos con los brazos abiertos; se les obligará á salir por determinadas puertas, y á determinada hora. Entonces vosotros, ó soldados, estareis bien prevenidos de armas en lugares ocultos, y cuando tengais á vuestra discrecion aquella multitud inerme, saldreis de la celada, y les acometeréis con denuedo, matando indistintamente, de manera que no quede uno vivo. Para lograr mejor este fin, luego que se haya verificado la salida de todos, mandaré cerrar las puertas de la ciudad, y de este modo, aquellos miserables que huyesen de vuestros aceros, no encontrarán en ella asilo, sino que serán precisamente victimas de vuestras espadas. De esta manera quedarán esterminados los cristianos, vengados nuestros dioses, y nuestros emperadores servidos.»

Un discurso semejante no podia menos de ser recibido con aplauso por una gente criminal y bárbara. Todos lisonjearon á

Daciano con la oportunidad y grandeza del proyecto, y todos se ofrecieron á ser sus fieles ejecutores. Repartiéronse inmediatamente por la ciudad pregoneros que publicasen el decreto, el cual fué oido de todos los cristianos con suma complacencia, pensando que cesaba en parte la persecucion, y que en cualquier otro pueblo les sería permitido el libre ejercicio de su religion sacrosanta. Mas cuidadosos de esto, que de recoger los bienes terrenos que poseian, abandonaron sus casas inmediatamente, y salieron de la ciudad por las puertas occidentales, que eran las únicas que estaban abiertas. Causaba lástima ver una tropa innumerable de hombres y mujeres de todas las edades, que llenos de alegría caminaban á su parecer á un destierro, siendo cierto que tenian la muerte tan cercana. Los ancianos se daban prisa á andar, sustentando los trémulos miembros en robustos báculos, temerosos de que pudiesen hacer falta á los cristianos su madurez y sus consejos. Los jóvenes regocijados abandonaban sus casas, teniendo en mas precio conservar la fe que habian recibido de sus mayores, que todos los tesoros del mundo. Las débiles mujeres, fortalecidas por una virtud superior á su sexo, iban con gusto, sin que los lamentos de los tiernos infantes que colgaban de sus pechos fuesen parte para quebrantar su entereza. De todos ellos se formaba una multitud tan innumerable, que no parecía sino que habia salido toda la ciudad de Zaragoza. Pero lo mas admirable es, que aquella santa multitud abandonase sus casas y sus haberes con tanto regocijo y alegría, que entre todos ellos no se oia otra cosa que aquel cántico de los ángeles: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*. Al tiempo que iban cantando este dulcísimo himno, anegados todos en un gozo celestial, vieron los gentiles que habian salido todos los cristianos, y cumpliendo con la disposicion de Daciano, cerraron las puertas para que no pudiese refugiarse á ella ningun fugitivo.

Esta era la hora de los perversos, y la potestad de las tinieblas; y asimismo el momento que Dios habia destinado para completar la mayor victoria que vieron jamás los siglos. Iban los cristianos todos juntos complaciéndose mutuamente unos con otros, y dándose mil parabienes porque tenian la dicha de padecer por Jesucristo aquel destierro. Los aires resonaban con himnos dulcísimos de alegría, en que daban á Dios gracias por la libertad que ellos imaginaban de poder libremente emplearse en el ejercicio de su sacrosanta religion. Acechaban entre tanto desde sus escondrijos los sacrílegos ministros de Satanás, y cuando les pareció oportuno, salieron de sus celadas como si fueran

sangrientos leones á cebarse en la sangre de tanto cordero inocente. Corren aquí y allí los desapiadados ministros imperiales esgrimiendo las espadas, y bañándose con la sangre de las sagradas víctimas. A unos les cortan la cabeza, á otros les traspasan el corazón, y á otros les truncan y despedazan de mil diferentes modos. El anciano venerable exhala su débil aliento fortaleciendo á los demás, y exhortándolos á morir como verdaderos cristianos. El esposo muere en los brazos de la esposa, traspasándoles una misma espada los dos corazones á un tiempo. El niño muere en los mismos brazos de su madre, y apenas ha mamado la leche de sus pechos, cuando ya la está vertiendo hecha sangre por Jesucristo. Jamás se ideó proyecto que lograrse su efecto mas completamente, ni que fuese puesto por obra con mayor prontitud y perfeccion. En poco tiempo se vió todo el campo cubierto de cadáveres, y andar vagando los inicuos ministros con las espadas desnudas sin tener ya objeto alguno en que emplearlas. Quedó el inicuo juez sumamente ufano, pensando que habia conseguido una grande victoria, y que habia esterminado de Zaragoza los cristianos de aquel modo. Pero su misma conciencia hacia traicion á sus deseos, y le hacia ver con una esperiencia continuada, que era mas fácil que se le acabase á la gentilidad la tiranía para perseguir á los cristianos, que á estos constancia y valor para sufrir sus persecuciones. Asimismo habia visto por repetidas esperiencias, que los cristianos muertos de aquella manera eran como una semilla fecunda, que producía ciento por uno, y que sería muy posible, que cuando él se imaginaba haber arrancado de Zaragoza las últimas raíces del Evangelio, estas se hubiesen quedado mas profundamente asidas en los pechos de algunos cristianos ocultos. Temió, pues, que no faltarian algunos que recogiesen aquellos sagrados cadáveres, y depositándolos en lugares muy honrados y ocultos, les diesen un culto y veneracion que negaban á sus dioses.

Por esta causa inventó otro ardid no menos cruel é impío que el primero. Mandó que se juntasen en un monton los innumerables cadáveres de los esforzados soldados que habian dado su vida por Jesucristo, y poniendo al rededor de ellos la leña y combustibles necesarios, se hiciese una grande hoguera, de manera que quedasen todos reducidos á cenizas. Pero ni aun con esto descansaban los rezelos de su corazón maligno. Habia usado de todos los ardidés que le habia sugerido su diabólica astucia para que no quedase cristiano con vida: tenia mandado que los cadáveres de los mártires se redujesen á polvo para impedir que pudiesen ser venerados; y no contento con esto, mal seguro toda-

via, manda que saquen de las cárceles los reos mas facinerosos, y que matándolos, mezclen sus cuerpos con los de los cristianos, y así confundidos sean todos convertidos en cenizas. Lisonjeábase su infernal astucia de que siendo imposible la separacion de las cenizas de los cristianos y de los malhechores, los mártires quedarian sin culto por no esponerse al peligro de dar la misma veneracion á las reliquias de los facinerosos. Ejecutóse este decreto impío; pero Dios contra cuyo poder y sabiduria no hay consejo que prevalezca, aseguró para siempre el honor de los que le habian sacrificado su vida con un prodigio que ha sido la admiracion de su siglo y de los que le han sucedido. Las cenizas correspondientes á las reliquias de los santos mártires se separaron de las de aquellos facinerosos que habian muerto por sus delitos, y de ellas se formaron unas masas de una blancura tan extraordinaria, que daban á entender muy bien la pureza de las almas que las habian habitado, y la inmarcescible de que ya estaban gozando en premio de su triunfo. El miedo con que entonces vivian los cristianos no les permitió otra cosa que el tomar con veneracion aquellas masas sagradas, y colocarlas en un lugar subterráneo en el campo, en donde estuvieron privadas del culto público todo el tiempo que duró la borrasca de las persecuciones. Restituida la paz de la Iglesia en tiempo de Constancio por los años del Señor de 312, fabricaron los cristianos de Zaragoza una capilla subterránea, y en ella las colocaron junto con los diez y ocho santos mártires de los cuales hablamos el dia 16 de abril. Hoy dia se conserva esta capilla debajo de la iglesia de Sta. Engracia, como allí mismo en la historia de esta Santa se dijo. Muy de antiguo se llamó esta capilla la iglesia subterránea de las santas Masas, á la cual fueron muy aficionados y devotos muchos santos obispos de España, entre ellos S. Eugenio y S. Braulio. Las Actas atribuidas á S. Braulio, y diferentes Martirologios juntamente con el Romano celebran á estos santos Mártires con el titulo de *Innumerables*, tomando esta palabra en su propia y rigurosa significacion; en cuanto denota una gran muchedumbre que no puede reducirse á número fijo.

En la devastacion de España por los moros quiso la divina Providencia, que entre las iglesias que estos concedieron á los cristianos para el libre ejercicio de su religion, fuese una la de las santas Masas. De esta manera los Innumerables mártires de Zaragoza han recibido siempre el culto debido, y Dios ha manifestado por su intercesion á sus conciudadanos cuán gratas le son sus oraciones cuando le son presentadas por siervos tan amados.